

Intelectuales italianos a la sombra del cactus: Magris, Calasso, Vattimo, Asor Rosa, Cacciari

Alfonso Berardinelli

Claudio Magris y el diablo

El profesor Claudio Magris encontró al diablo en un café de Turín y no se dio cuenta. El asunto es grave para un lector de Goethe y de Thomas Mann como él, máximos expertos de lo demoníaco: pero esto lo ha contado él mismo de una manera por completo inocente e incluso con una cierta complacencia en un breve artículo suyo en el *Corriere della sera*. Sentado, mientras bebía una magnífica cerveza y meditaba sobre las promesas que la vida no mantiene, Magris cuenta cómo la espléndida luz del día y su propia disposición natural a la *flânerie* filosófica habían dispuesto en él un estado de ánimo favorable a los placeres de un encuentro. Todos nosotros sabemos que Magris tiene sus predilecciones: como triestino, vienés por elección y danubiano en esencia, nuestro más sofisticado profesor de literatura alemana ama los cafés. Allí escribe, observa, reflexiona y fantasea sobre el mundo. Estaba por lo tanto a gusto en el mismo centro de sus más clásicos pensamientos, cuando casi salido de la nada se ha materializado delante de él un individuo especial, un fantasma provocador y afable, un tentador de café en pleno día. Magris no se dio cuenta, pero era precisamente el diablo, un buen diablo a la caza de profesores de primer nivel, un diablo sediento de prestaciones didácticas exclusivas. Y precisamente allí en Turín, ciudad endemoniada por la pedagogía, donde incluso el demoníaco Friedrich Nietzsche se volvió bueno abrazando a un caballo, precisamente allí un buen diablo de nuestros días, universitario y televisivo, le pide a Magris que le aclare en pocas palabras el pensamiento de Nietzsche. Entrenado como está para resumir exitosamente cualquier argumento refinado, Magris no rechaza lo que se le pide. No sólo busca hacerlo de la mejor manera, sino que lo logra de la forma más brillante y se complace en ello. Resume, en efecto, el pensamiento de Nietzsche en diez minutos, degustando el vino que le ofrece aquel desconocido. «Los dioses me son propicios», escribe Magris, «y, a diferencia de lecciones y conferencias fatigosas dictadas en otras circuns-

tancias, me percato, sin falsa modestia, que llego a trazar, en aquellos diez minutos, una aceptable síntesis del pensamiento de Nietzsche, a explicarle cómo Nietzsche había previsto —exaltándose y sufriendo— aquella transformación radical que hoy en día está cambiando la filosofía milenaria del hombre, nuestro ser y nuestra naturaleza... Él escucha... Paga las dos bebidas, agradece y se va, discreto y, a mi parecer, satisfecho».

Cómo no exclamar: *in vino veritas!* En aquellos diez minutos, con una copa de Sauvignon, han desvelado su verdad el diablo anónimo, que quiere saberlo todo rápido, y Magris, que todo lo resume a la perfección, incluso al abisal Nietzsche, profeta del superhombre de masas. Magris, que es el hombre más bueno del mundo y no podría llegar a concebir un pensamiento incorrecto o un sentimiento equivocado, que ama ceder a las tentaciones y todavía ama más salir de ellas más inocente antes que ceder, ni siquiera es rozado por la duda de que pudo haber dicho que no, porque un pensador como Nietzsche, que ha escrito toda la vida contra la banalidad de los profesores, no merece el error de ser resumido en diez minutos. A las tentaciones didácticas y pedagógicas, Magris no se resiste. Ha estudiado la cultura alemana: y con tesis, antítesis y síntesis, llega fácilmente al centro de cada dilema y misterio. Pero también ha leído *Faust* de Goethe y *Doktor Faustus* de Mann, y cuando encuentra un diablo debería reconocerlo bajo sus modestos disfraces. Aquí Magris ha fallado. Ha pecado gravemente contra Nietzsche. Pero quizá ha revelado la verdadera sustancia: aquel profeta de la Nueva Era no debe ser un pensador tan abismal si son suficientes diez minutos para resumir su pensamiento.

Roberto Calasso y los dioses

Roberto Calasso ha dictado recientemente en la universidad de Oxford una serie de conferencias sobre el tema «La literatura y los dioses». Con especial diligencia el *Corriere della sera* y *La Repubblica* ofrecieron a sus lectores, respectivamente, la primera y la última de estas conferencias. Hay que suponer, por lo tanto, que Calasso crecerá cada vez más en su prestigio universal y que con sus obras sobre los dioses occidentales y orientales quede nominado como uno de los futuros premios Nobel de literatura. De los dioses sabe mucho, quizá demasiado. Hace algunos años, Joseph Brodsky insinuó jocosamente que quizá el mismo Calasso sea una divinidad. La hipótesis, sin embargo,

hay que tomarla en serio y me parece que no encontrará desprevenido a Calasso.

Estas conferencias dictadas en Oxford confirman que los dioses son precisamente la pasión predominante, casi una fijación para nuestro editor-escritor. Muchos intelectuales se están convirtiendo a una nueva especie de fe en Dios y en el Papa. Más fiel a su Nietzsche, Calasso cree más bien en los dioses, ve su presencia real en el mundo, se sorprende de la ceguera general y se ha empeñado en combatirla.

Considerada la clarividencia editorial de Calasso y la autoridad semidivina con la que sabe convocar a los periódicos, hay que creer que en el futuro próximo tendrá prosélitos: más allá del culto al Papa (culto un poco idolátrico, puesto que Karol Wojtyła con su personal protagonismo está dejando en la sombra a Jesús), tendremos entre las masas más sofisticadas un culto de los dioses griegos e hindúes (si no un culto de la persona de Calasso). Dicho esto, es verdaderamente una pena que la idea de literatura expuesta por nuestro mitógrafo no haya tenido la atención que merece. Y también es un poco extraño. Los escritores famosos que revelan sus verdades escondidas generan polémica. Eso ocurrió con las conferencias americanas de Italo Calvino y de Umberto Eco. ¿Por qué no tendría que suceder con las conferencias inglesas de Roberto Calasso?

Sin lugar a dudas, Calasso es un escritor menos afable y democrático que Eco y Calvino. En vez de clarificar y tranquilizar, quiere fascinar provocando escalofríos. Para ser más precisos, para él la literatura es aquella entidad que se manifiesta a nosotros, los humanos, erizando nuestra piel, los pelos de la barba y también algo más. Es antihistórica y antisocial. «La literatura absoluta» es la idea concluyente y el sello de marca de las conferencias de Calasso.

El hecho es que esta idea no parece del todo clara. Por eso nadie le ha hecho caso. ¿Qué es lo que quiere decir Calasso? Crear misterios es la clave de su estilo. Pero la literatura absoluta de la que habla, si por un lado es (¡históricamente!) algo inventado por los románticos alemanes y luego encarnada definitivamente por Stéphane Mallarmé, es también la definición absoluta que Calasso parece dar de la literatura en general, más allá de cada sociedad y cultura, una manifestación de aquella *philosophia perennis* que podemos estudiar con la ayuda de las ediciones de Adelphi.

Que la literatura, sobre todo la moderna, sea bastante antisocial y antiprogresista, lo veo claro. Basta pensar en Hölderlin, Leopardi, Kierkegaard, Baudelaire, Melville, Tolstoi, Kraus, Pirandello, Kafka, Orwell, Montale, Beckett y muchos más.